

UN GRECO EN EL PALEOLÍTICO

Pablo Galindo Arlés, 1 de diciembre de 2014

En una pintura rupestre del Levante se halla representada una lucha entre clanes rivales. Nada distingue formalmente a las dos hordas enfrentadas. Aquí no hay turbantes sarracenos ni tampoco cascos de cruzados. Unas mismas figuras esquemáticas y similares arcos se reparten incivilmente con una simetría imperfecta la escena bélica dibujada en la pared. Ahora bien, la semejanza más notoria que podemos observar entre ambas facciones enemigas no está en la desnudez abstracta de los cuerpos ni en las armas utilizadas en el combate. Lo que llama en verdad la atención en esas figuras guerreras dibujadas en la pared es el exagerado alargamiento del tronco casi truncado. El cuerpo humano, sometido al potro de tortura del pincel, casi queda roto en dos partes apenas unidas por el istmo de una estrecha cintura panameña. ¿Qué sentido tiene, si lo hay acaso, esa estilización anatómica?

Varias interpretaciones posibles pueden aventurarse. De entrada rechazamos como descabellada y absurda la idea de que el artista primitivo “no ve bien” debido a cualquier defecto visual característico en la especie de nuestros antepasados. El realismo de las figuras animales demuestra que el troglodita no deforma la proporción de los cuerpos por razones fisiológicas. Tampoco cabe hablar aquí en el caso del artista prehistórico de una intención “espiritual” *barroquizante*, un dualismo anacrónico que separase el mundo inferior de la carne y las bajas pasiones de la mitad superior habitada por el corazón y el espíritu. ¿Se trataría entonces de una elección “estética”, consciente, similar a la de sus imitadores vanguardistas cuando modelan a su antojo la realidad? El mérito esencial de la pintura moderna consiste en que la cabeza de un caballo se parezca lo menos posible a ese cuadrúpedo y, sin embargo, podamos seguir imaginando la ruina del animal en el arco roto de las crines.

Pues bien ¿es el pintor primitivo un artista genial? Sin duda lo es, pero lo es sin darse cuenta de su misma genialidad. En la mayoría de los hallazgos trascendentes se aúna la intuición del sabio y la casualidad del necio. Al crítico moderno, educado en el progresismo de las artes y las ciencias, le desconcierta el acierto formal de los salvajes que inventan el rock moderno con el percutor de una roca de pedernal.

Si admitimos que no puede “darse” un Picasso o un Greco en la era cuaternaria debemos buscar otra interpretación lógica para explicar la inquietante forma alargada - como la proyección de una sombra - de aquellos lejanos guerreros.

Una hipótesis verosímil sería suponer que esos dibujos copian unos modelos previos hechos en barro o arcilla. Al presionar la masa central con los dedos de la mano por medio de un rodamiento - hágase la experiencia - se produciría el alargamiento del cuerpo, la estrechez de la cintura y las voluminosas piernas. El arco, los brazos tensos y aquellos otros flexionados en forma de asa se modelarían por separado. El hecho de que la cabeza no sea sino una pequeña bola redonda unida directamente al tronco sin cuello apoyaría la tesis de las figurillas de barro. La pueril torpeza infantil en el modelado de las estatuillas de arcilla sería por tanto la causa de la originalidad

expresiva o “adulta” en la pintura mural. Y además el uso del barro en las manos del pequeño dios de la caverna nos alumbraría la razón de la desnudez del belicoso, fangoso y multiplicado Adán, el abstracto esquematismo de sus formas, si se permite el *calambur*, “barrocas”.

Pero esta hipótesis plausible nos trae una solución o respuesta a cambio de ofrecernos otras dos preguntas de momento insolubles. La primera es ésta: ¿se modelaron las figurillas “ad hoc” para luego ser pintadas en el muro por el mismo artista polivalente? Y la última, a la que nos inclina un residuo pueril guardado en el corazón del adulto, puede formularse así: ¿son esos guerreros de barro el primer juguete bélico de la historia? ¿Es el juego - ludus - divertirse con el lodo?

Tal vez muchos siglos después, a miles de kilómetros del mediterráneo, el emperador chino Shi-huang-ti, fundador de la dinastía Ching, no hizo otra cosa que enterrarse en Sian con un megalómano séptimo de caballería que había embadurnado antes su vida terrena con batallitas de verdad. El *homo sapiens* sería ya, desde la misma raíz de la prehistoria, un *homo ludens*. Y esas figuras alargadas, como un muñeco de tela elástica que se disputan dos niñas, sería quizás, tal vez, probablemente, quién sabe, el testimonio histórico más antiguo de una infantil actividad lúdica.



